

## La dependencia de las categorías conceptuales en las ciencias sociales

---

JOSÉ VIDAL-BENEYTO (ESPAÑA)

EL SUPUESTO fundamental de las breves consideraciones que voy a someter a vuestro análisis es que, si bien la teoría que no tiene incidencia real en la vida de los hombres y los pueblos es un pasatiempo inútil, sin embargo toda acción colectiva necesita dar desde sí misma razón teórica de su propósito y alcance. En otros términos que quizá nos sean más familiares, la praxis —sea cual sea su contenido— acaba perdiendo toda su efectividad si no es capaz de alumbrar una estructura teórica que le dé sentido y vigencia y si no logra constituirla en principio de organización racional y de legitimización ideológica de su persistencia y propagación.

El imperialismo cultural es, a los efectos de mi reflexión de hoy, la forma que asume el imperialismo político para vehicular los contenidos y los modos de la autojustificación de un sistema hegemónico. De la multiplicidad de versiones y trajes que reviste este tipo de imperialismo, voy a limitarme a examinar algunas categorías de formalización del saber social, por pensar que se sitúan en la cúspide de la construcción ideológica de esa peligrosísima máquina de guerra que en manos del Imperio constituyen las ciencias sociales.

Todo nuestro mundo institucional, el capitalista y el socialista, el más avanzado y el menos avanzado, está dominado por una categoría capital: la del desarrollo. Hasta nuestra misma diferenciación denominativa pasa por ella y así, el mundo se divide en países desarrollados y países en desarrollo. El desarrollo es no sólo la palabra mágica, la palabra mito que ha sustituido en el siglo veinte al inocente progreso del diecinueve; el desarrollo es el baremo esencial por el que se mide la bondad y la maldad de regímenes políticos, Estados nacionales y sistemas sociales. El desarrollo es la piedra angular para la edificación de planes y políticas, de proyectos y de prospectivas. El desarrollo es, sobre todo cultural e

ideológicamente hablando, el vector principalísimo de penetración y control de que se sirven los poderes imperiales para establecer y consolidar su dominación económica y política.

¿Qué es desde el punto de vista conceptual la categoría “desarrollo”? Simplemente la repetición mimética de un modelo histórico, el de los países capitalistas llamados avanzados, o como sagazmente lo define Sachs, “un esquema unilinear, mecanicista y reiterativo de un determinado momento histórico en unos países determinados”.

La categoría se disfrazará de teoría, por obra y gracia de Rostow —en su encarnadura más descaradamente interesada—, Hirschmann, Kuznest, etcétera, conservando siempre sus dos rasgos constitutivos, el atlánticocentrismo por una parte y la reducción economicista por otra. Es decir, que sólo un determinado tipo de crecimiento económico, realizado de acuerdo con determinadas pautas ya experimentadas, las euroatlánticas, puede conducir al resultado deseable y deseado.

Observemos de pasada que este planteamiento teórico conceptual adolece de recurrir a un paradigma biológico —las mismas palabras de crecimiento y desarrollo reenvían a él—, pero afectándolo de un mecanicismo fisicista hoy completamente abandonado en las ciencias biológicas, donde la crítica de Jacob, Monod y tantos otros, parece haber sido definitiva. Claro está que, afortunadamente, la desmistificación de esta categoría ha echado ya a andar y que los trabajos de André Gunther Frank, sobre todo *El desarrollo del subdesarrollo y Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*; Samir Amin, *La acumulación del capital a escala mundial y El desarrollo desigual*; de Babakar Sine, *Imperialismo y teorías sociológicas del desarrollo*; de Ga Kwame Amoah y de Oscar Braum, *Intercambio internacionales y subdesarrollo*; de Abdel Aziz Belal, *Desmistificar el subdesarrollo*; de Yves Benot, de Bettelheim, de Jean Marie Lycop, etcétera, suponen un proceso de clarificación importante.

Hoy los intelectuales antiimperialistas comienzan a tener a su disposición un cierto arsenal de argumentos teóricos para mostrar que el subdesarrollo es producto del desarrollo en dos aspectos: primero, en cuanto que el desarrollo necesita del subdesarrollo para continuar desarrollándose o para posdesarrollarse; segundo, en que ambos son resultado del mismo proceso histórico: la hegemonía del capitalismo en una determinada área mundial. Ahora bien, esa disponibilidad es puramente teórica, es decir, no está todavía avalada ni por una práctica científico-analítica que la verifique suficientemente —praxis teórica—, ni por una difusión cultural y una implantación institucional que la imponga en la realidad de los pueblos.

Por ello, los espléndidos trabajos a que acabo de referirme no impiden que, como ha escrito Babakar Sine, las teorías dominantes del desarrollo sean doblemente nefastas; primero,

porque falsean la percepción de las realidades de los países subdesarrollados; y segundo, porque modelan inadecuadamente las concepciones socioeconómicas de sus ámbitos intelectuales, ya que siendo una transposición ideológica del sistema económico central dominante, favorecen el subdesenvolvi-

miento científico social de la periferia, al enajenar a los intelectuales de las categorías que deberían serles propias,

y al imponerles otras que le son ajenas e, incluso, antagónicas.

La categoría desarrollo no aparece sola en el ámbito de las ciencias sociales sino que se inscribe en una constelación significativa en la que, quizás, la que es más cercana y necesaria es la de modernización. El origen, y especialmente la plataforma de lanzamiento de esta última, es también U.S.A. Los profesores Almond, Verba, Coleman, etcétera, son los profetas de este nuevo concepto salvador. Aunque de carrera menos brillante y meteórica que desarrollo, porque su función es vicaria y de complemento, la categoría modernización ha sido un instrumento eficazísimo en el proceso dominador del imperialismo cultural.

Modernizar supone elevar las sociedades tradicionales —moderno se opone, claro está, a tradicional— a la condición de modernas. Con lo que la práctica de la dominación de las tres cuartas partes del planeta se viste con los ropajes del progresismo. En efecto ¿qué puede haber más encomiable que ayudar a países en situación colonial y precolonial, a sociedades sometidas al vasallaje del feudalismo y de la tradición, a acceder a la envidiable condición de libres y modernas? Que esa modernidad coincida con la organización socioeconómica que llamamos capitalismo y que el capitalismo en el Tercer Mundo sea colonización capitalista e imperialismo económico, es circunstancia que nuestros modernizadores consideran, en la más crítica de las hipótesis, como beneficiosas. Toda la problemática de la modernización estriba, pues, en remover los obstáculos que se oponen al progreso, en vencer la resistencia que la ignorancia y la miseria presentan a la marcha hacia adelante, que el inmovilismo y el miedo ofrecen a la modernidad.

Esa articulación conceptual florece no sólo en las páginas de los libros científicos del imperio sino en los *rapports* de los expertos de los países centrales y de los periféricos y hasta en los discursos de nuestros políticos y hombres de Estado.

Claro está que desarrollo y modernidad necesitan apoyarse, y se apoyan, en un cuadro general de categorías más amplias que forman su soporte básico:

el cambio social, por ejemplo, que no es sólo una categoría de análisis sino la designación que agrupa un sector importantísimo de las ciencias sociales, se concibe como la transformación gradual y armónica, necesaria pero controlable de la vida colectiva de los hombres. Es obvio que su función es la de suplantar la categoría política de lo que llamamos revolución, entendida como transformación radical y rápida de un sistema social;

el otorgamiento a las nociones de equilibrio y orden de posiciones centrales dentro de toda organización social, hasta el extremo de que sistema y formación social se convierten en sinónimos de orden social que ocupan, con gran frecuencia, su lugar en la literatura científico social contemporánea. La aparición de la teoría de las élites y de los grupos de presión, como substitutiva de las teorías marxistas de las clases, o la recuperación positivista de esta última mediante la eliminación de la dimensión del conflicto entre ellas, con lo que las clases pasan a ser apacibles grupos sociales intercomunicados, interdependientes y complementarios, en la seductora teoría de la estratificación social;

y, de modo muy particular, la neutralidad ideológica y la objetividad científica, en las que ya nadie cree, pero que siguen siendo las coartadas utilizadas sistemáticamente por todos los defensores del orden establecido para alzarse sobre el pedestal de lo indiscutible. ¿Quién no sabe hoy que en las ciencias sociales toda estructura científica se sitúa —implícita o explícitamente— en un marco ideológico, es portavoz mediato o inmediato de intereses específicos y responde, o intenta responder, a las expectativas de un contexto social determinado? Nadie ignora ya que la neutralidad es el disfraz predilecto de los falsarios.

Todos somos militantes, en el mejor de los casos, de nuestros prejuicios y preferencias y, a través de ellos, de nuestros intereses. Intentar negarlo u ocultarlo ha sido hasta ahora una deshonesta pero útil estratagema de la ciencia social del Imperio. Nosotros hemos de conseguir que pronto sea una estupidez táctica. Hemos de arrancar las máscaras de la pretendida objetividad de los purismos expertos y habremos de afirmar que la única garantía de honestidad y de eficacia en el trabajo científico social comienza exhibiendo cada uno el cuadro de sus propios condicionamientos para que expliquen tanto lo que se dice y cómo se dice, como lo que se calla y porqué se calla.

Todas estas reflexiones pueden parecer piruetas en torno al sexo de los ángeles y sin embargo sus consecuencias inmediatas sobre nuestras vidas individuales y nuestro destino colectivo, su contribución a nuestra explotación y dependencia es grandísima y directa. Ejemplos habría muchos, pero quiero referirme a uno que parece decisivo pues de él depende el pan nuestro de cada día y el prestigio y, por ende, el papel internacional de los pueblos a los que cada uno de nosotros pertenecemos. Me refiero a los indicadores socioeconómicos y, entre ellos, a los indicadores de desarrollo.

La construcción de la teoría de los indicadores se hace, como no podía ser menos, en USA. Stuart Rice, Sheldon y Moore, la Russell Sarge Foundation, etcétera, son los encargados de formularla. Se nos presentan como instrumentos estrictamente técnicos para orientarnos en el “laberinto de las intercomunicaciones sociales”. Gracias a ellos podemos

descubrir los *estados sociales*, definir los *problemas sociales* y determinar las *tendencias sociales* que la ingeniería social orienta en el sentido de los *objetivos sociales* formulados por la *planificación social*.

Esta definición de Rice pone de relieve sus tres rasgos característicos:

1. Su función descriptiva;
2. sus interconexiones que exigen un tratamiento sistemático que remita a un modelo socioeconómico particular y
3. La ayuda instrumental que pueden representar para el planificador.

Lo que me parece importante subrayar es la necesidad de que exista un modelo previo que pueda organizar los datos recogidos en la base descriptiva para su eficaz utilización en la fase planificadora. Con lo que los indicadores dejan de ser

simples herramientas técnicas, consistentes en sencillas series estadísticas brutas o en complejas series llaves o series representativas, obtenidas mediante sutiles técnicas multivariadas, análisis discriminantes, etcétera, para ser lo que en verdad son: instrumentos dóciles al servicio de un modelo social y de sus objetivos políticos y económicos.

Y esto es tan así que en el número 30 de los *Informes y Documentos de Ciencias Sociales de la UNESCO*, Branislav Ivanovic, exdirector de la Oficina de Estadísticas de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo, a pesar de sus esfuerzos y de su ideología progresista, cuando propone una lista de indicadores de desarrollo acaba siendo tributario de la concepción dominante y contribuye, en consecuencia, en lo cultural y científico, a la consolidación del poder de los países hegemónicos.

En efecto, Ivanovic, que se apoya en análisis anteriores de Zdzislaw, Hellwig Frederick Harbison, Jean Maruhnic, Jane Reswick, H. W. Singer, etcétera, selecciona como indicadores más decisivos del desarrollo los siguientes:

1. el PIB por habitante;
2. el consumo de energía por habitante;
3. el PIB de la población activa que trabaja en la agricultura;
4. el porcentaje de la población no agrícola;
5. las exportaciones de los artículos manufacturados por habitante;
6. la tirada de periódicos por mil habitantes;
7. la concentración de nacimiento según la edad de la madre;
8. la proporción de personas alfabetizadas;
9. la parte de las industrias manufactureras en el PIB;
10. el número de médicos por cien mil habitantes;
11. la duración media de vida;
12. la tasa de inscripciones escolares.

Los refinamientos técnicos utilizados para su ponderación, no parecen modificar sino, al contrario, confirmar la opción de base. Los indicadores privilegiados son aquellos más directamente centrados en el modelo industrial euroatlántico y sirviéndose de esos herméticos indicadores, tan técnicos, se nos atribuirán puestos en la escala mundial y se nos asignarán objetivos y metas que tendrán todo el peso sancionador de lo científico.

Si desde el nivel de la investigación científico-social nos trasladamos al comportamiento institucional, cambian los modos, pero continúan la misma dirección y objetivos. Y ello, incluso, en las grandes instituciones internacionales. Los tipos de acción de la UNESCO, por ejemplo, así nos lo prueban. Siguiendo la nomenclatura, que les es propia, podemos clasificarlos en: 1. Misiones y consultas; 2. Promoción de la enseñanza; 3. Apoyo a la investigación.

El primero consiste en análisis —*Surveys*— de carácter nacional o regional,

mediante un grupo itinerante de expertos, que hace posible que uno o varios gobiernos puedan determinar sus necesidades e identificar su capacidad de desarrollo.

Ejemplos de este tipo de actividades fueron una misión organizada conjuntamente por la UNESCO y la Comisión Económica de las Naciones Unidas para América Latina, en la que se exploró, en 1960, la situación y necesidades futuras de la enseñanza económica universitaria en un gran número de estados latinoamericanos. O dos misiones emprendidas en 1959 y 1962, por científicos sociales, para determinar, respectivamente, el estado de la enseñanza y de la investigación de la ciencia económica en el África subsahariana o las perspectivas que ofrecía la formación de funcionarios civiles en el continente africano.

La promoción de la enseñanza consiste también en misiones de expertos, financiados para uno o más años, bajo el Programa para el Desarrollo de las Naciones Unidas (Departamento de Asistencia Técnica) y que desde la perspectiva del impulso institucional se traducen en la creación de una escuela o facultad, división o departamento dentro de una universidad, en la mayoría de los casos recién establecida.

La creación del Departamento de Sociología de la Universidad de Dacca en Pakistán; de una Escuela Nacional de Administración Pública (1963-1968) en el Chad; de un Instituto de Ciencias Sociales en la Universidad Libanesa de Beirut; de un Instituto de promoción social en Tananarive; de la creación del Departamento de Desarrollo Económico de la Universidad de Monterrey, en México; del establecimiento de cursos de Administración de Negocios en el Colegio de Educación avanzada de Lusaka, en Zambia; etcétera.

El apoyo a la investigación se traduce también en misiones que cumplen la doble función de servir para el establecimiento de una institución permanente y de facilitar al Gobierno en cuestión un informe sobre la situación del sector o subsector científico de que se trate. Todos estos datos nada tienen de original sino que proceden de un informe de Ann Marie Franz para la misma UNESCO, publicado en 1969 en la revista de Ciencia Social de dicho organismo.

En todos los casos el mecanismo es el mismo: uno o varios expertos (casi siempre extranjeros), solos o con la colaboración de algún nacional, *misionan*. (¿No tiene el término *misión*, *mission* y *mission*, en inglés y francés, un valor denominativo y connotativo, absolutamente inequívoco de conquista para un determinado mundo de valores y creencias?; ¿no suena claramente a paternalismo salvador?).

Se trata de ganar para el mundo del saber y del progreso a esos menores de edad que son los hombres y los pueblos que viven en el salvajismo y en el descarrío.

Se trata de obligarles a que abandonen sus ignorancias y miedos, se trata de obligarles a que se salven.

En cuanto a los expertos, sean extranjeros o nacionales, es evidente que son cautivos, irremediablemente, de la formación científico-social del Imperio. Bástenos remitir en este punto a tres excelentes artículos: E. W. Weidner: "The Professor Abroad", *The Annals of the American Academy of Political and Social Science* (Philadelphia) Vol. 368, Nov. 1966; Siyed Hussein Alatas: "The Captive mind in development Studies", *International Social Science Journal*, Vol. XXIV, número 1, 1972; y Akinsola-Akinowo "The Role of Social Scientists in Africa' —Fur-

ther Reflexions”— que es una respuesta y un complemento del de P. T. Temu que lleva el mismo nombre.

Se dirá que mi balance es muy pesimista y que olvido las aportaciones, algunas notables, que surgen a partir de la segunda mitad de los años 60 y de las que las categorías conceptuales de dependencia e imperialismo, a nuestro juicio complementarias, representan tal vez el ejemplo culminante.

Teotonio Dos Santos, Rodolfo Stavenhagen, Celso Furtado, Cardoso, Vaitos, Kay, Mark Franco, Samba, Sow, González Casanova, Kostas Vergopoulos, el excelente estudio de Martin Carnoy: *Education as Cultural Imperialism*, Armand Mattelart y un largo etcétera, amén de la llamada “Ciencia Social Radical”, forman una avanzada, sin duda alguna esperanzadora, pero insuficiente.

Y ello por dos razones. Porque la línea que prevalece, abrumadoramente, es la de la perspectiva científico-social euroatlántica, como nos lo prueban casi todas las publicaciones últimas del sector y entre ellas, por ejemplo, el reciente libro colectivo de Georges Balandier *Sociologie des Mutations*. Y porque los otros esfuerzos que desde luego aplaudimos son, no sólo parciales sectorialmente y desordenados, sino especialmente de nivel o puramente teórico o puramente descriptivo. Es decir, hace falta establecer la cadena completa de nuestra propia estructura científica desde el nivel teórico formal hasta el de las conclusiones prácticas, pasando por la fundamentación epistemológica de las hipótesis teorías, su formalización metodológica, su adecuación técnica y su efectiva práctica analítica. Todo ello en estrecha trabazón y coordinada interdependencia, como bases necesarias y necesariamente coherentes de un solo y mismo proceso. Sólo así podrán tener capacidad de convicción y de sustitución.

Porque no se trata sólo de criticar la ciencia social del Imperio, de desmontar sus mecanismos y denunciar su voluntad de vasallaje. Hace falta sustituirla por otra que tenga como quicios fundamentales la identidad de los países en “desarrollo”, basada en su vocación nacional y en el protagonismo de sus fuerzas sociales. Se trata de categorizar adecuadamente estos dos grandes ejes de nuestra realidad, de hacerlos operacionales y de aplicarlos sin desamparar. Sólo se destruye lo que se sustituye, y nosotros no acabaremos con el imperialismo y el colonialismo culturales más que si los sustituimos por una ciencia social que responda a las determinaciones últimas y a los objetivos esenciales de nuestra específica situación. De cada situación. Con conciencia aguda de su limitación a un espacio y tiempo determinados. Con conciencia aguda de su provisionalidad, pero también de su insustituibilidad y pertinencia.

Y en esta lucha antiimperialista de la que los pueblos del Tercer Mundo deben ser pioneros, es necesario que colaboren en estrecha y efectiva solidaridad los pueblos de los países euroatlánticos y socialistas porque todos ellos son objeto, a niveles distintos y de manera diversa, de la misma manipulación y, por qué no decirlo, de la misma colonización cultural. La universidad francesa, británica, alemana, las mismas universidades socialistas son con frecuencia o en ocasiones una sucursal del Imperio. Claro que hay grados de opresión y de responsabilidad entre el centro y la periferia, y entre los países socialistas y capitalistas. Pero los

países centrales (sobre todo los secundarios), que ejercen delegadamente la dominación, la sufren también a su vez. Esta vasta y perentoria afirmación necesitaría ser sustanciada con más profundidad y detenimiento de los que el *hic et nunc* hacen posible. Tendrá que bastar, por ello, la mera enunciación de tres ejemplos. *Primero*: Max Weber se impone en la sociología alemana de la posguerra a través de la mediación del profesor norteamericano Talcott Parsons; hoy, en las universidades alemanas, vuelve a aparecer la sociología de carácter fenomenológico de la mano de Schutz, Nathanson, el interaccionismo simbólico y la etnometodología, que son la última importación científico-social de USA. *Segundo*: Jerzy Wiatr, después de una fecunda estancia en la universidad de Michigan (Ann Arbor) y en su Institute of Social Research, vuelve a la universidad de Varsovia a la que pertenece, e importa y aplica casi literalmente la sociología electoral que se utiliza en Estados Unidos a una realidad, la polaca, que en principio no parece homologable con la norteamericana. *Tercero*: la utilización de la categoría marxista de alienación en los estudios sociales de los países socialistas, incluida la Unión Soviética, se hace a través de los supuestos metodológicos y de las técnicas del empirismo norteamericano; con lo que se vacía a aquella de toda virtualidad no sólo teórico marxista sino de toda coherencia y capacidad esclarecedora.

Hay que buscar hoy a escala planetaria la coincidencia en los objetivos fundamentales. La crisis económica y fundamentalmente de civilización de los países industriales desarrollados sitúa en el primer plano de las urgencias la necesidad de crear un sistema de relaciones sociales y de valores culturales nuevo. Hemos de incorporar a nuestro modelo de sociedad, a nuestro proyecto de civilización, la dimensión capital de solidaridad colectiva, rompiendo con el individualismo estéril y al corte de una determinada cultura de Occidente. Hemos de reivindicar, claro está, la calidad de la vida y la integridad del planeta para nuestro proyecto fundamental, salvándolos. Recuperándolos de la recuperación ecologista del capitalismo. Hemos de eliminar los criterios "exógenos" y los "países ideales" que se nos proponen como referencia inexorable en todas las construcciones taxonómicas (véase Vaklow), porque hoy los únicos que podemos tener capacidad idealizadora somos nosotros.

Frente al renacimiento del fascismo técnico cultural —por no hablar de otras formas de fascismo— al que está recurriendo de manera cada vez más abierta el imperialismo, hace falta articular no ya nuestra resistencia, sino nuestra voluntad de contradominio. Hay que hacer que se encuentren y que colaboren —políticamente claro está, pero también culturalmente— las afirmaciones nacionales del Tercer Mundo y de los países avanzados. Todos los movimientos de liberación del Tercer Mundo y los europeos, Galicia, Islas Canarias, Bretaña, Cataluña, Vasconia, Gales, Irlanda, Escocia, Flamencos, Walones, Córcega, etcétera, deben converger, puesto que su lucha es la misma lucha.

Hoy las puntas de lanza del progreso de los pueblos pasan por la triple afirmación de: las luchas de Liberación Nacional, la potenciación y consolidación de los movimientos de base simultáneamente con los frentes progresistas de iz-



quierda, y la creación de un proyecto nuevo de civilización. Y en los tres tenemos que estar presentes pero no sólo de forma retórica, sino efectiva.

Por eso yo os insto a la acción cultural, ya que hoy estamos hablando de ella. Pero acción. El importante acontecimiento que es esta Conferencia Internacional se quedaría en una pura ceremonia de autocomplacencia, si no fuera el principio de una nueva fase en nuestro trabajo, en nuestra acción y en nuestra lucha.

De esta conferencia debe salir una renovada voluntad, articulada en acuerdos concretos, de coordinar el combate cultural antiimperialista.

Yo me atrevo a proponeros estas cuatro líneas posibles de acción en el ámbito de las Ciencias Sociales:

1. Creación de un grupo de trabajo cuyo objetivo sea promover y coordinar la reflexión teórica y la construcción de categorías analítico-conceptuales, adecuadas a la realidad de nuestros países y a nuestro proyecto de sociedad, consecuencia de nuestro trabajo de reconstrucción de las categorías de la Ciencia Social del Imperio y emergiendo de la realidad de nuestras luchas concretas.
2. Creación de un grupo de trabajo que se proponga operativizar científicamente las categorías anteriores y aplicarlas en una serie de análisis que conduzcan a su reconocimiento e implantación progresiva, en aquellos ámbitos y sólo en aquéllos ámbitos para los que son válidas.
3. Confección de un inventario de acciones concretas y de un repertorio de esquemas teóricos, de categorías analíticas y de instrumentos metodológicos y técnicos utilizables en los ámbitos de los que surjan y en los que se elaboren —es decir cada determinado contexto espacial y temporal— y sólo para ellos.
4. Creación de una plataforma o al menos de un programa de difusión y de asentamiento de los principios y los resultados de nuestro trabajo, que tenga presencia y vigencia, no sólo en la periferia, sino también —y tal vez, principalmente— en el centro del Imperio.

Todos sabemos que el mejor medio de congelar un proyecto es crear un comité para su preparación y lanzamiento. Evidentemente no es eso lo que os estoy proponiendo. Nuestra pertenencia a esos grupos de trabajo, nuestra participación en sus acciones, no puede ser una actividad más que añadamos al cargadísimo calendario de nuestras actividades profesionales y personales. Ese trabajo, esas acciones, tienen que tener para nosotros trabajadores de la cultura, carácter prioritario. Su compromiso debe conllevar la misma prioridad, dedicación y entrega que los actos de estricta militancia política. Si no, todo se nos irá en exultaciones verbales, en lirismos ideológico-emotivos, que el peso de lo cotidiano consumirá sin dejar huellas.

Os convido pues a que redobléis vuestros esfuerzos en la acción, la liberación de la cultura, y creo que afortunadamente la Liga por los Derechos y la Liberación de los Pueblos que aquí nos ha congregado, puede ser el instrumento de excepción de esa necesaria e inaplazable movilización militante en la que yo, desde ahora mismo me considero definitiva e irrevocablemente enrolado.